

Eugenio Labarca

Delmira Agustini

Apuntes para una conferencia dada en la Sorbona



APESAR de que el Uruguay cuenta con muchos poetas admirables, de mayor nombradía que ellos son las poetisas del Uruguay. Desde Adela Castell, nacida en 1864, a Raquel Sáenz, florecida en las últimas primaveras, en la tierra de Rodó, ha habido una serie de musas jóvenes y apasionadas que pudieran servir de diadema a la frente pensativa del continente americano. Cualquiera de estas mujeres con fuego en el corazón, pudieran ser tema de conferencias y de estudios críticos, y si yo elijo la figura de Delmira Agustini, es porque ésta une a sus aptitudes de escritor genial, características de vida y muerte sobradamente especiales para ser gustadas en pleno sabor por el paladar de París, hecho a manjares envenenados.

Si esta mujer hubiera nacido en Francia y no en Montevideo, su existencia «romancée» estaría exhibiéndose, hoy, en todas las librerías, y su silueta hubiera dado margen a comentarios sin fin. Barbey d'Aurevilly,

en el otro siglo, y Remy de Gourmont, en este, hubieran amado a Delmira Agustini, y hubiéranla hecho predilecta de cierto público: del que gusta descubrir, a través de las heroínas a personas que en verdad han existido y han vivido novelas íntimas azarosas. En nuestros días, Colette hubiera podido situarla entre las figuras más picantes de uno de sus últimos libros: «*Ces plaisirs*»...

.
Delmira nació en 1890 y murió en 1914. A pesar de su ruta de meteoro, ejerció influencia considerable en la literatura femenina de América, sin que ella sufriera influencia alguna. Era ella. Desde sus primeros versos cantó el amor sensual. «Soy una bacante, decía, y hablaba con orgullo de «la flor ardiente de su cuerpo». A la publicación de su libro inicial, «El Libro Blanco», siguió estupor en el ambiente uruguayo. Hondura mental, magníficas formas imaginativas, expresadas por una muchacha de poco más de quince años; muchacha que jamás hiciera estudios serios ni frecuentado aulas académicas. Vaz Ferreira, el filósofo, escribió entonces a Delmira: «Si hubiera de apreciar con criterio relativo, teniendo en cuenta su edad, calificaría su libro, sencillamente, como un milagro». Luego agrega: «Cómo ha llegado Ud., sea a saber, sea a sentir lo que ha puesto en ciertas páginas, es algo completamente inexplicable». En verdad, los versos de Delmira revelaban profundidad metafísica, y el milagro estaba en que ella carecía de cultura, de filosofía aprendida y, naturalmente, de expe-

riencia. El «caso» Delmira escapábase a la comprensión inmediata y se escapa hasta ahora, salvo que comulgemos con Alberto Zum Felde, su prolijo comentarista: ayudado éste de la psicología intuicional instituída por Henry Bergson, piensa que en la conciencia de Delmira obraron factores más profundos que los del intelecto.

¿Fué intuitiva, Delmira?... Sí, porque quienes la conocieron de cerca, afirman que «nació sabiendo». Otros, los deslenguados, dicen que alcanzó a «aprender» antes de lanzar sus libros. En todo caso, no alcanzó a saciarse. Y de esta ansia inmensa, siempre insatisfecha, nació, acaso, la fuerza de sus versos... Parece que fué, en efecto, niña precoz. Hablaba al año no cumplido y a los diez escribía versos. Nunca fué al colegio, que no le interesaba, si bien aprendía en su casa, entre palomas y junto a su madre, dos lecciones: francés y piano. Fué música excelente y estuvo dotada para el manejo de idiomas. Callada, melancólica, retraída y orgullosa, no tuvo amigas. Pasaba sus días leyendo, imbuyéndose de poetas y de novelistas decadentes. Antes de lanzar el «Libro Blanco» colaboraba en revistas como «La Alborada», que colgaban en primera página, cual campana sonora, composiciones de esta Delmira Agustini, escandalizadora de la mayoría, intérprete de las jóvenes sinceras y espoliadora de la imaginación masculina. Al primer volumen siguieron sus «Cantos de la Mañana» y, luego, «Los Cálices Vacíos». Este fué auspiciado por Rubén Darío, quien predijo en el pórtico:... «Va a asombrar a nuestro mundo de habla española». Muerta,

Delmira, sus herederos publicaron «El Rosario de Eros», una de cuyas secciones, «Los Astros en el Abismo», contiene composiciones de los primeros años de la poetisa:

«Sé mi bien o mi mal, yo viviré en tu vida.
Yo enlazo a tus espinas mi hiedra de ilusión...
Seré en ti una paloma que en una ruina anida:
Soy blanca, y dulce, y leve: llévame por la vida
prendida como un lirio sobre tu corazón!»

No logró satisfacer esta ansia. Alguien ha escrito, interpretándola acaso, «era demasiado artista para conformarse con el amor de un solo hombre». Y otros, aun más audaces, han llegado a insinuar que Safo hablábale al oído... Dejó este mundo a los 24 años, después de haber paseado su belleza, su originalidad y su bohemia por los sitios nocturnos de Montevideo. «Fiera de amor, cantaba, yo sufro hambre de corazones». En los postreros meses de su vida, desgranó versos por los cafés de mala muerte, sin dejar nunca de inspirar pasiones locas, azuzadas con sus actitudes hieráticas y sus excen- tricidades de linda mujer desprejuiciada... Especie de musa de Barrio Latino.

.....
A Luisa Luisi, uruguaya como la Agustini, y que a más de poetisa es crítico nada vulgar, oí, hace años, en Buenos Aires, una conferencia sobre la obra de Enrique González Martínez, el poeta y diplomático

mexicano, ante el propio González Martínez. (Espectáculo curioso: el vate azteca asistió a la consagración de su monumento intelectual). Y dió a pensar. Luisa Luisi, cuando aproximadamente dijo: «Mientras los poetas se espiritualizan—González Martínez, Rabindranath Tagore, Maeterlinck, Amado Nervo—las poetisas experimentamos cierto íntimo placer zabulléndonos en la sensualidad y exhibiéndonos desnudas». El público pensó que se refería a la sombra de Delmira Agustini, proyectada sobre las poetisas de hoy. Y un crítico argentino, Suárez Calimano, en estudio publicado más tarde en «Nosotros», afirma, no lo da a entender, afirma que Delmira es la creadora del narcisismo en la poesía americana. Dice que la notoriedad a que la Agustini fué ascendida en poco tiempo, tuvo por causa, más que el genio de la escritora, el genio de la especie, o sea, que sus libros se agotaban, como ciertas ediciones de París, por las elucubraciones impúdicas que exhibían... Suárez Calimano la fustiga por presuntuosa, por ególatra, por su narcisismo, en suma, y recuerda la audacia con que dijo cuando publicó su primer volumen: «Si seis personas me comprenden, me sentiré feliz»... Menos mal que el crítico argentino reconoce lo excepcional de algunas frases de Delmira, y cita aquel verso admirable: «es un cuerpo mullido, un diván de delicia»...

Adviértese contradicción en lo que Suárez Calimano sostiene y en la forma de sostenerlo. Si Delmira hubiera pensado atraer al público con frases non sanctas, ¿hubiera aspirado a ser comprendida por seis personas

siquiera?... ¡Hubiera previsto gruesas ediciones! La verdad es que ella era perfectamente audaz y perfectamente sincera, y perfectamente indiferente a cuánto de ella o de sus versos se prejuzgara.

· · · · ·
«El Libro Blanco» de Delmira, es el libro de la adolescencia, pero el de una adolescencia precoz. El pensamiento aparece maduro, las reflexiones profundas, «las ideas cruzan por él como aves de pesado vuelo». Pero sus sueños son platónicos aun. Sólo al final de él palpita el instinto. Zum Felde, dice que en este final entreábrese la túnica severa de que aparecía revestida la poetisa y deja ver su muslo tentador. Es, apenas, un anticipo de lo que va a dar en «Cantos de la Mañana» y, principalmente, en «Los Cálices Vacíos». En ambos libros, Delmira ya no es estatua de mármol, sino de carne, y de carne estremecida por cierta fuerza dionisiaca que la empuja a darse... Pero no a darse al primero que venga a solicitarla ni al primero que pase cerca de ella en la pretendida hora psicológica — que no es otra, por lo demás, que hora fisiológica — sino que alarga los brazos, yergue el seno y ofrece la boca a un hombre ideal, si así pudiera decirse, a un super-hombre, con cuyo encuentro sueña y cuyo abrazo aguarda para perderse en él, sacrificando, en un amor loco, el orgullo de que está poseída... Hija espiritual de Goethe, de Schopenhauer o de Nietzsche, la llaman los mismos críticos que le niegan cultura aprendida alguna. Hija de nadie, habría que decir; fruto esporádico e incapaz

de generar una raza, en lo físico ni en lo espiritual, puesto que murió sin descendencia en cuanto a hijos de la carne, y atendido que la serie de poetisas americanas venidas tras ella, y que han pretendido imitarla, no han pasado, generalmente, de ser su caricatura... Se equivocó, Delmira, en el final de su poema a Eros:

Así tendida soy un surco ardiente
donde puede nutrirse la simiente
de otra Estirpe, sublimemente loca»...

Escribe, Estirpe, con mayúscula, convencida de que salida de su carne, será la suya una gran familia, marcada por el apasionamiento sexual, desnudo, claro, sin coqueterías ni tapujos... Y, naturalmente, no podía profesar tales teorías, aunque sólo fuera por escrito, sin escandalizar al mundo en que actuaba; ni podía, tampoco, atrapar con sus propios brazos un ideal realizado, ajeno a la época artificiosa que la vió crecer y que seguramente nos verá morir a nosotros mismos. Y si bien nosotros vamos estando conformes, ella no lo estuvo nunca. Fué una rebelde. Y como no buscó en la práctica la calma de su instinto o no la halló en la práctica, por ser Delmira tan profunda en lo psíquico como desprejuiciada en lo sexual, escapose, como por una válvula, en los versos que la han hecho célebre y que han sonrojado, seguramente, no tanto a las criaturas tímidas cuanto a las que en ellos se han sentido interpretadas. ¿A qué sonrojarse?... Delmira no fué grosera de expre-

sión, fué audaz, fué atrevida. No siempre alcanzó estilo soberano, es cierto, pero siempre estampó verdades. Verdades irrealizables, si se quiere, intangibles, pero compuestas de esos huéspedes inquietantes que rondan los lechos hollados por una sola persona... Y composiciones hizo, que parecen resultado de un «sonambulismo lúcido», sonambulismo del cual olvidábase una vez vuelta del sueño. Difícil imaginar como suyos esos acentos profundos y roncos, en que tantas veces se expresaba. Porque, graciosamente, pagana lo fué en raras ocasiones. «Imposible imaginarla con pámpanos sobre la frente, rodeada de faunos flautistas». Emergiendo, sí, de las sombras, en actitudes trágicas y estatuarias; ansiosa de encarnar las imágenes que en sueño concebía, y que llegaron a adquirir contornos monstruosos... Criatura dotada de psiquis rica, honda, extraña, no podía realizar sus quimeras en el plano físico, y por eso sus voces fueron amargas, y por eso su vida despeñose desde la cima a la sima, hasta resolverse ya no en tragedia sentida ni pensada, sino en real tragedia... Mujer hasta la médula, hubo, sin embargo, instantes en que sus reflexiones, sus anatemas, son más bien propias de un hombre inteligente. Sensible hasta la extenuación, alzábase, en ratos, dominadora como una fiera. Hecha de contradicciones, de altiveces y de renunciamientos, presa de una búsqueda eterna de realizaciones de antemano imposibles, apura su propia vida como un trago mucre, ofreciendo, sin embargo, a los demás, sus mieles de mujer hechicera. ¡Histórica! le han gritado algunos. Sonám-

bula, como escribe Zum Felde, porque cuando despertó de su gran sueño, cuando se persuadió de que la existencia no podría darle tanto cuanto ella reclamaba—corazón abierto y brazos extendidos—perdió el equilibrio indispensable y se derrumbó como preciosa estatua estremecida por viento huracanado. Victoria de Samotracia, de la literatura femenina americana, perdió la cabeza en el combate consigo misma, pero nos dejó el andar de diosa. . .

El afán que mortifica a los críticos por encontrar rastros de influencias en la obra artística, ha hecho que algunos hallen, en los versos de Delmira, influencias de Darío, de d'Annunzio, de Baudelaire, de Poe. ¿Afirmarlo? . . . ¿Negarlo? . . . Puede ser que los haya leído y que hasta haya dormido con volúmenes de ellos bajo la almohada. Pero sospecho que si así fuera, impulsola antes bien que el fervor intelectual, el fervor físico hacia esos hombres que sacudían su sensibilidad y a quienes, seguramente, deseaba encontrar en su camino. Pero encontrarles en carne y hueso. . . En todo caso, si en parte nutrieron ellos las raíces profundas de su inspiración, es difícil reconocer el aporte de cada cual, que el genio sabe beber en todas las fuentes, y luego secarse los labios con perfecto disimulo. . . Claro está que obedeció, Delmira, a los gustos reinantes en su época, y que pudiera ser clasificada—¡demos gusto a los críticos!—clasificada entre los decadentes. Pero no fué esclava de la medida ni del ritmo, no aprisionó sus expresiones en las cárceles del metro, y cuando comienza a someterse, a encerrarse

entre los cuatro muros de los metros socorridos; cuando tiéntase de entornar su puerta a la pasión, temerosa de que arrase con todo, escápase violentamente, como cualquiera chica sin principios, escápase, resueltamente, por la ventana. Y no huye su torre por escalas medioevales ni puentes de quita y pon, ni siquiera en sigilo, sino que se lanza a campo traviesa, a grito destemplado, reclamando de la vida cuánto le ha hecho imaginar... Ebria de sí misma, «soy una bacante», «soy una bacante», va gritando por los caminos y estampándolo luego en su obra literaria. Es tan sincera en lo vivido como en lo escrito. Sus «originalidades» escandalizaron a la burguesía uruguaya, a la cual pertenecía la Agustini, y la burguesía la miró de soslayo. Mejor para ella, pues cesó de frecuentar a gentes insulsas. Redujo su vivir cotidiano al «círculo de familia», y ganó tiempo y espacio suficientes para desplegar su espíritu.

.....
Como mujer fué bella, de belleza opulenta. Rubia leonada, de ojos verdes como el mar y azules como el cielo — ojos cambiantes, ojos de gata — ensombrecidos por el toque violáceo de las vigiliás, inconfundible con el del lápiz... Había en ella algo de misterioso y de dominante... Todos los que la amaron — con buenas intenciones, se entiende, pues era señorita destinada a matrimonio — acercábansele como dispuestos de antemano a ser sus víctimas. Y ella ni se interesaba, dicen... Vivía, generalmente, como en un mundo aparte, y ha llegado a insinuarse que muchas de sus composiciones

fueron escritas en estado de trance. Aquí hay exageración, sin duda. Todos conocemos nuestra América y podremos concebir la América de hace veinte años. La niña era viva y sabía despistar a los papás... Una señorita «bien» que se permite escribir y aun publicar cosas audaces, debe estar en trance, si no quiere herir los intereses y la situación de la familia, y es justo que, por entonces, se disimularan ciertos atrevimientos de la señorita Delmira Agustini, arrastrada por sus padres, en busca de novio, a pasearse a la calle 18 de Julio o a la plaza Cagancha de Montevideo... Pero continuar con iguales convencionalismos cuando se le juzga como figura intelectual, más aún, como primera figura literaria del Uruguay de nuestros tiempos, sería ridículo. Más vale dejar de lado ese y otros trances, y decir francamente: Delmira Agustini sabía muy bien lo que escribía. Afirmación es ésta que conviene a ella tanto como a la literatura que de ella se enorgullece.

Su instinto de mujer-mujer, no de mujer-poetisa, la llevó un día a complementarse con un buenmozo, torpe, dicen. Con un hombre que deseaba en ella a la hembra, y que no paró mientes en los versos admirables que hacía la Agustini. Casáronse, a la moda burguesa, y se separaron de modo lírico. Al mes de casada, regresó ella al hogar. La realidad del matrimonio no encontró ambiente en Delmira y, según dicen, queriendo apasionadamente a su marido, no pudo tolerarlo... Inicióse divorcio... ¿Qué había sucedido?... ¡Misterio!... La psicología, la fisiología, ¿cuál tuvo parte en este rompi-

miento?... ¡Vaya uno a saberlo!... El hecho es que los cónyuges ensayaron la reconciliación, pero no la discutieron en conciliábulos familiares ni a través del confesor. La ensayaron cara a cara, cuerpo a cuerpo—si se me permite insinuarlo—y, de acuerdo con el espíritu lírico de ella, marido y mujer jugaron a los amantes, diéronse cita en cierta casa dudosa, como si ambos traicionaran a alguien, y llegaron hasta allí protegidos por la sombra... No tan espesa, por cierto, como la sombra que habría de cobijarles para siempre, pues, cuando transcurrieron las horas y la pareja aparentemente equívoca no abandonaba el sitio de rendez-vous, hubo que forzar la puerta. El lecho estaba enrojecido. Dos ríos de sangre joven mezclaban su caudal. Un revólver, aun caliente, explicaba el drama, es decir, la muerte de Delmira Agustini y la de su marido.

«¿Quién disparó?» interrogose todo el mundo. ¿Quién mató a quién?... ¿Suicidio doble, previo acuerdo mutuo?... Si hubo asesino, ¿quitose éste, luego, la vida, presa del remordimiento, víctima del temor?... La policía, los jueces, los familiares, la prensa de entonces, quisieron echar luces sobre el asunto, y resolvieron, por fin, que el marido, viendo alejarse para siempre a la mujer sin la cual no podía vivir, había tomado la resolución trágica. Es posible, y ello no hace sino aumentar, en alto grado, el poder de seducción de esta mujer semi-maldita. Otros, creen que ella se suicidó y que él decidió acompañarla en el viaje dantesco... Y hay quienes afirman que hubo un oportuno traslado del arma, es decir, de las

manos débiles a las manos fuertes... Quizá. Aun no estaba de moda ultimar al marido, pero ¡quién sabe!... ¿Asesina?... ¡Horror! gritarán por ahí. Yo no experimento calofrío alguno. Recordemos que ella escribía: «Sufro hambre de corazones»... ¿No tendría el raro capricho de beber sangre?... En el terreno de las suposiciones podríamos ir muy lejos, tan lejos cuánto van los biógrafos actuales para compilar vidas «romancées»... Pero no nos dejemos tentar, si bien es forzoso establecer algo inequívoco: ambos murieron, víctimas de uno solo: ¡de ella! Y digamos, también, que acaso no fué ansia de sangre el móvil de su gesto, sino la realización de un deseo expresado en la composición «Intima»:

«Ah! tú sabrás mi amor, mas vamos lejos,
a través de la noche florecida;
acá lo humano asusta, acá se oye,
se ve, se siente, sin cesar la vida.

Vamos más lejos en la noche, vamos
donde ni un eco repercute en mí.
Como una flor nocturna, allá en la sombra,
yo abriré dulcemente para ti».

Montevideo se indignó con Delmira Agustini. Las señoras de la burguesía recordaron que el hombre muerto era un buenmozo y un posible «bel ami», pues ya había franqueado la edad máxima del «gigolo», y envidiaron, en secreto, la orgía roja de Delmira. Tuvieron ver-

güenza las de su sexo, y quisieron que el nombre de la pretendida mala mujer callara para siempre: exigieron condenar el cuerpo de Delmira al cementerio de los réprobos, pues no se pudo establecer, a ciencia cierta, si era suicida u occisa. Al fin, se transó por una resolución no mucho más valiente: la de echar los restos mortales de la poetisa en un nicho común, común a «la familia de Santiago Agustini», o sea, a la de su padre. Ignoro si se ha reparado esta injusticia. Habría que imitar a Colombia, que ha sacado a José Asunción Silva, del hoyo en que lo echaron, por suicida, y le ha alzado, hace poco, un monumento. ¿Suicidas, muertos, asesinos, los poetas como Delmira y José Asunción?

Ni muertos, ni asesinos, ni suicidas: sobrevivientes, sí, sobrevivientes! ¡Eternos sobrevivientes, para placer nuestro y orgullo de nuestra tierra americana! ¿Que estuvieron poseídos, en vida, por el demonio?... Puede ser así, pero ya se las habrán arreglado ellos al franquear este mundo. Allá les habrán ajustado cuentas definitivas, que el juicio no nos está reservado a nosotros... Y entiéndaseme bien que no ando a pesca de almas, ni, siquiera, del alma de los poetas «ausentes», puesto que me refiero a sus cuerpos, y si aspiro a que Delmira cuente con un domicilio póstumo conocido, es para que el pobre grupo de hombres desalentado por penas de amor, que deambulea por el globo, tenga, en América del Sur, sitio en que detenerse en su itinerario sentimental, y pueda ir hasta la sepultura de Delmira Agustini a estrellar la frente contra una losa, y no

necesite llegar hasta París, en actitud más o menos convencional de turista yankee, junto a los restos de Alfredo de Musset, de Oscar Wilde, de Abelardo y Eloísa, de la Dama de las Camelias... Al fin y al cabo, Delmira supo de todos los amores... Los más recalci-trantes no podrán oponerse a este propósito mío, ya que trasladar cuerpos, no es trasladar almas. Y puede ser que el alma de Delmira crepите para siempre, no tanto por erótica y por desorbitada, como por selecta, pues mientras más veo, leo y oigo, más convencido quedo con no sé cuál escritor español, de que la mejor sociedad se da cita definitiva en el infierno... Creo haber expresado, así, mi deseo de que volvamos a vernos por allá algún día... Se entiende que cuánto más tarde, mejor!

París, 1934.